

Buenos Aires, 1981

A poesía española de estos últimos 30 años ha atravesado multitud de experiencias. No ha escapado —no podía ser de otra manera— al cruzamiento de proyecciones decisivas cuyos epicentros se han venido dando en apartados lugares del

mundo. Cuanta experiencia cultural ha tenido su expresión en ese período, ha dejado, aun tangencialmente, su huella en la española.

Quizá éste sea uno de los motivos por los cuales la obra de un Jaime Gil de Biedma o de un Pedro Gimferrer tenga, en su más profunda sustancia, tonalidades, **dejes**, sesgos e influencias que no pertenecen a nuestro pasado histórico-literario.

Lo que entendemos por línea tradicional, se dio de manera rotunda y muy marcada en los hombres de la inmediata posguerra (Blas de Otero, Victoriano Crémer, José Hierro, Leopoldo de Luis...), incluso en muchos de los poetas de la Segunda Generación de Posguerra (José Ángel Valente, Félix Grande, Caballero Bonald, Ángel González...), llegando a una tentativa de dispersión o de borrón y cuenta nueva con los **novísimos** de José María Castellet, balance —el del polémico crítico catalán— que se ha ido diluyendo con el transcurrir del tiempo.

En realidad, habría que calificar su antología de pretenciosa aventura, de arriesgado sondeo, toda vez que —el tiempo, ya lo sabemos, el único juez y testigo de aquellos nueve **novísimos**,— sólo han quedado dos o tres nombres decididamente arraigados a la tierra de la lírica española.

Quiero decir con esto que, desde mi punto de vista, el relevo generacional no se ha producido: siguen teniendo vigencia los poetas del 50. Y, necesariamente, a ellos hay que atenerse hoy por hoy. Hay nombres, infinidad de voces jóvenes que apuntan en distintas y varias direcciones, pero el son rotundo de esa juventud no lo ha escuchado nadie.

La pregunta siguiente estaría forzosamente condicionada por la circunstancia histórica actual de España: ¿Qué escriben hoy los poetas españoles? Si los de la inmediata posguerra tuvieron como núcleo vital de su poesía una determinada situación viviente y los inmediatamente más jóvenes, "los niños de la guerra", desencadenaron su acento y su crítica contra las estructuras rígidas, inamovibles, de un estado de cosas dominante, dando como consecuencia paso a una corriente de poesía realista, social, criticista, política o civil, hoy España vive un clima de libertad extrañamente diferente. No es tan justificable la poesía de un Celaya cuando el régimen yace bajo lápida en el Valle de los Caídos.

Por eso, cabe preguntarse: ¿Qué escriben hoy los poetas españoles?

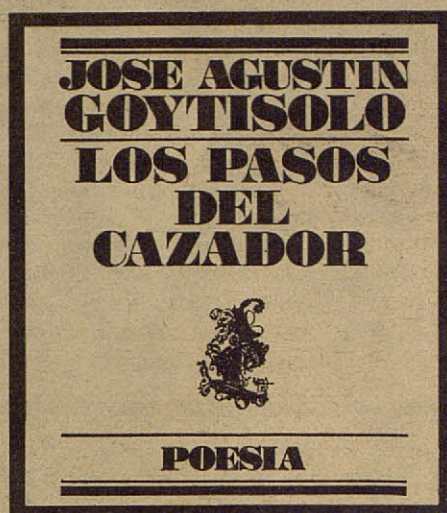
Es probable que el descuido de las formas tradicionales mantenga en guardia a la voz de algún otro poeta español. Es probable que, en el fondo, exista una necesidad de retorno hacia los orígenes de la lengua, hacia los manantiales del son. Es probable que nuestra poesía sienta una honda apetencia de vocablos sanos, limpios, frutales, palabras en su jugo natural pero reveladoras de todo un sentir lejano y, no por eso, menos próximo o inmediato.

El caso de José A. Goytisolo me parece significativo y hasta podría servirnos de nomenclatura para calibrar la orientación de la poesía española actual (o la necesidad de esa misma orientación): uno de los más genuinos representantes de la Generación del 50 vuelve, en "Los

# SOBRE UN LIBRO DE GOYTISOLO

Escribe

José Carlos Gallardo



**Pasos del Cazador**", (\*), a revelar la placa del idioma y entregarnos la palabra en su salsa pura, en su desnudez natural, en su estado originario, lo que equivale a decir: entregarnos la palabra en su vivísimo esplendor, en su milagrería andante, como si la resurrección fuese cosa de todos los días. Tal vez, la lógica fuese una obediencia al empuje de las nuevas técnicas, de los ensayos de laboratorio, de las pruebas y ensayos espaciales o descubrimientos del futuro en probetas y otros escarceos. Y, sin embargo, Goytisolo retorna al medio campesino, al acento rural, al fluir de la palabra naciente, al destello de un vocablo puesto al sol.

José A. Goytisolo ha practicado desde muy joven la cacería. El mismo confiesa que ha sido "y soy todavía, un cazador intermitente y desordenado, de esos que entran en celo venatorio a su aire, según les da". Primeramente, cazó en Cataluña; luego, incursionó por Ciudad Real y, más tarde, "hacia la banda de Extremadura", recorriendo zonas de las provincias de Cáceres, Badajoz, Toledo, Avila y Salamanca, "solitario las más de las veces y sin otra compañía que el perro o la perra de turno".

Para Goytisolo, existen dos modos de trabajar y desenvolverse en su lengua: la experimentación formal y la investigación idiomática.

"Y dado —nos dice— que la realidad primera de un poeta es la forma literaria —que trasciende a fluctuaciones de gustos y de estilos—, trabajar en la forma significa, para él, tratar de construir un lenguaje formal propio, que lo individualice. Para lograrlo, el poeta debe, entre otras muchas cosas ya sabidas, ponerse a la rueda de los avances tecnológicos que han incidido en los actuales medios de comunicación, para que su lenguaje literario resulte adecuado a nuestro tiempo y apto para ser difundido por cualquiera de los medios usuales, consiguiendo así hacer efectivo su destino social. Este paso ayuda al escritor a sobrevivir como tal, puesto que al ser el contenido de su creación poética la forma misma de tal creación, por la forma será juzgado, es decir, por su lenguaje poético".

Goytisolo es del criterio que la experimentación formal ha de ir precedida, "en el caso de un aspirante a escritor", y acompañada siempre, "si se trata de un poeta o un novelista más hecho", de otro modo de trabajo: la investigación

idiomática, "el conocimiento de la lengua en la que uno se expresa y de los diversos y variadísimos materiales para luego manejarlos y combinarlos, para poder experimentar con ellos y, como ya dije, intentar conseguir un lenguaje propio".

Bien. Es este el momento de "Los Pasos del Cazador", de José A. Goytisolo. La convivencia con gentes, el "aprendizaje a lo vivo". Este contacto humano, directísimo y estrecho, casi íntimo con la palabra en su sitio —no en la herencia de otros—, con el vocablo en su fuente natural, le hicieron profundizar en el conocimiento del idioma. Durante esos, como él los llama, "viajes cinegéticos", anotaba frases, historias, estribillos y cualquier modalidad expresiva que descaradamente le llegara al oído.

No hay duda de que esta tarea representa un ejercicio en el uso y empleo del idioma.

"Los Pasos del Cazador" es la muestra más joven de la poesía española actual. Su índice de juventud. Toda la tradición literaria española se halla presente y palpitable en estos breves poemas, casi canciones, estribillos, coplas, decires y hasta refranes y cantares populares, resumen de una honda sabiduría —jinequívoca!— de pueblo milenario que asoma, casi niño, al cristal de la primera pronunciación.

Falta le estaba haciendo a la dudosamente sofisticada y, por momentos, enrarecida poesía española —difícilmente localizable como tal— este aire antiguo tan rejuvenecedor, este manantial de agua vitalizadora, este abrir la ventana al tiempo y sentirnos refrescados por un viento de coplas que pone en pie la voz de un poeta actual.

1/1

© "La Nueva Provincia"

## NOTAS

(\*) "Los Pasos del Cazador", por José A. Goytisolo. Editorial Lumen, Colección "El Bardo". España, 1980.

Nacido en Granada, en 1925, José Carlos Gallardo reside en nuestro país desde 1957. Entre sus obras figuran "Madrugada" (poesía) y "Después del Verano" (poesía). Ha sido distinguido con la Faja de Honor de la SADE y con el Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes.

Lea en el próximo número:

**Roberto Aizcorbe**

"Mañana hacen 1.000 años..."

**Vintila Horia**

"Psiquismo y sociología"

## Ideas/Imágenes

El suplemento cultural de "La Nueva Provincia" que se entrega semanalmente con la edición de los domingos. Dirección: Federico y Vicente Massot. Coordinación: Rubén Benítez y Herberto E. Prado. Diagramación: Rubén Benítez. Redacción: Sarmiento 54/56, Bahía Blanca.